

CLAVES

NOVIEMBRE 2011

Salta - año XX - N° 205 - Precio \$5.-

Balconeando...

Sobre cambio y permanencia.

Santiago Rebollero.

*Sátira política y representaciones
de género en la Prensa de Salta a
fines del siglo XIX.*

Fernanda Bravo Herrera.

La filosofía y el problema del mal.

Alejandro Miroli

Homenaje a

Raúl Aróz Anzoátegui.

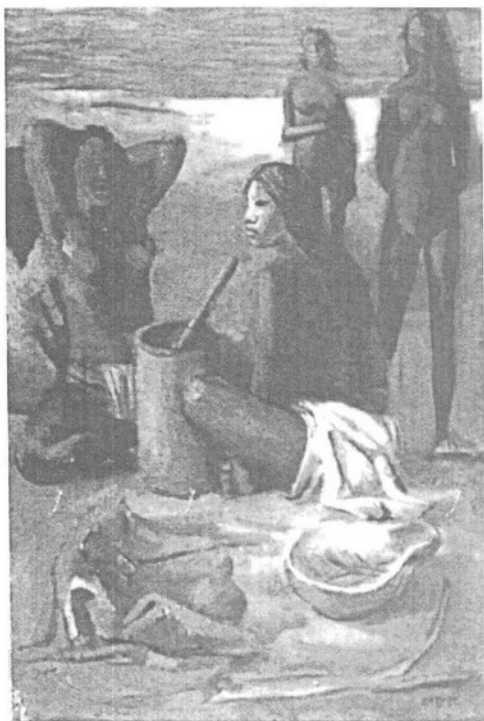
*(Z. Palermo, S. Sylvester,
L. Fleming, P. González)*

*El hambre en el cine de
Glauber Rocha.*

Nicolás Fernández Muriano

*Historia de Titireteros
El tonto y la malhablada*

Gabriel Castilla



*El mortero, óleo. 1941.
Carybé*

*Cambio de época, ¿cambio de
paradigmas? Resultados inciertos*

Gustavo Barbarán

Balconeando... por Santiago Rebollero

Sobre cambio y permanencia.

Todo proceso de cambio implica una ruptura y una continuidad. Decimos cambio y no revolución porque esta palabra soporta demasiadas connotaciones. Cualquier pronunciamiento militar merece, a juicio de algunos políticos o historiadores, la calificación de revolucionario, aunque esto implique simplemente un cambio circunstancial de gobierno. En estos momentos se ha empezado a poner de moda en ciertos círculos, intelectuales y/o mediáticos, el término de 'revolución cultural', para implicar un pretendido cambio en el horizonte social argentino.

La Argentina surgió a la luz como consecuencia del desmembramiento del imperio español y la ruptura consiguiente del orden colonial. No hubo una revolución de carácter social en los sucesos de mayo, sino un cambio de régimen político que discutió la legitimidad del gobierno de la metrópoli en ausencia de la autoridad real. En toda la América española se produjo el mismo fenómeno insurreccional que culminó con su fragmentación en varias repúblicas independientes que antes formaban parte de Virreinos y Capitanías.

La Independencia fue un problema de élites. Sin embargo la participación popular se expresó a través de nuestras guerras civiles, y fue mucho más vigorosa en esos conflictos que en las campañas de los ejércitos libertadores. Caudillos populares, como Artigas en el Litoral y Güemes en el Norte, añadieron un contenido social a las divergencias políticas y regionales. La llamada «organización nacional» se consiguió a través de múltiples combates que terminaron finalmente con la resistencia de los pueblos del interior y su supeditación a las exigencias de una nación que ingresaba a la economía mundial desde la hegemonía comercial de Gran Bretaña. La paz, o la relativa paz, se consiguió a costa del sometimiento del indio y del gaucho y a la presencia de millones de inmigrantes, que solo en algunos casos y trabajosamente, llegaron al acceso a la tierra. El latifundio limitó el beneficio del progreso a ciertos sectores sociales localizados fundamentalmente en la provincia de Buenos Aires.

El sufragio universal permitió el acceso de sectores medios al gobierno y a las universidades. Ya el orden conservador había garantizado el matrimonio civil y la enseñanza primaria obligatoria. En 1946 se inició un proceso que pudo implementar una sociedad más justa, e incorporar a los beneficios de la democracia a vastos sectores populares en todo el territorio del país, asegurando un proceso, en este caso sí revolucionario, que aún hoy es recordado por nuestro pueblo.

No se trata entonces de improvisar 'revoluciones culturales' sino de atender a las tradiciones vivas de nuestro pueblo, que jamás estuvo cerrado a innovaciones de cualquier tipo, pero siempre asimilándola a una raíz que le es propia. Hay un proceso continuo civilizatorio en la Argentina. No se trata de hacer borrón y cuenta nueva. No hay que olvidar que el peronismo fue también una ruptura y una continuidad.

Sátira política y representaciones de género en la prensa de Salta a fines del siglo XIX.

Una publicación de Fernanda Bravo Herrera que ilustra aspectos poco conocidos de los inicios de las revistas en Salta, estudia exhaustivamente los escasos números existentes hoy de 'La Civilización', 'La Revista Salteña' y 'La Revista'.

Una publicación del CEPIHA de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta, llama la atención sobre los orígenes, a fines del siglo XIX, de la prensa periódica en Salta. Fernanda Bravo Herrera investiga «La imposición de nuevas 'totalidades' generadas por el proceso de globalización de la economía... que llevaron a una incentivación altamente positiva de las investigaciones 'locales'...», según informa el prólogo de Zulma Palermo. De alguna manera, este tipo de indagación permite «hacer visibles las manipulaciones discursivas» que permite una mirada desmitificadora e incisiva sobre aspectos de la realidad social de la época, que se expresa en forma de sátiras, epigramas, carnavalesación, humor caricaturesco, algún discurso pretendidamente 'serio' de crítica de costumbres, una apelación a 'la civilización' frente a la barbarie, en la que la distorsión ideologizada asume la forma de una validación del orden imperante.

Fernanda Bravo Herrera adopta desde los planteos preliminares una posición de encuadre epistemológico y crítico,

mostrando acertadamente los recursos estilísticos que conforman el bagaje editorial de estas publicaciones, analizando en forma minuciosa las implicancias discursivas de los artículos y la forma en que estos textos remiten a la construcción ideológica de un registro que busca mostrar un aparente desafío de costumbres arcaicas, y que culmina en la imposición de un burlesco y denigratorio imaginario de misoginia, crítica al poder político y a la iglesia, y a un gesto autoritario de la única palabra del propio redactor, que se erige en juez y censor, en una especie de apología de la escritura como poder 'ilustrado' frente a la 'barbarie'.

Cómo se transcriben en forma generosa párrafos de esta publicación, resulta sumamente curioso seguir los razonamientos y las argumentaciones que - desde lo cómico, desde un humorismo brutal, con escaso nivel de sofisticación- asume la burla como 'ejemplarizadora', mostrando el propio discurso como una fórmula 'civilizada' y modélica. Hay todo un desfile de personas y personajes que el único redactor del periódico fustiga y, entre

ellos, sobresale una galería de 'beatas, estúpidas, adúlteras, vividoras y prostitutas', personajes que resumen lo femenino, como encarnación de la ignorancia y el atraso. Las representaciones de género, en este caso, muestran el lugar difícil de la mujer en el imaginario de fines de siglo, y llegan hasta una propuesta de 'linchamiento' público, que el periódico aconseja, para alguna que, señalada con nombre y apellido, aparece como infractora de la moral y las buenas costumbres.

En la segunda publicación estudiada, la mujer aparece enmarcada entre la sublimación y la misoginia: son ángeles, o bien 'réprobas, culebras y afines'. La reducción a la risa, señala el carácter de 'ejemplo' que la figura del 'ángel caído' parece indicar sobre el lugar adecuado a la mujer. En la tercera publicación, 'la Revista', aparece un encuadre muy especial sobre 'la naturaleza de la mujer' en la que se intenta rescatar algunos aspectos positivos. No en vano en esta publicación escriben algunas mujeres, entre ellas María Torres Frías, que

ensalza la figura de Juana Manuela Corrii.

Lo que resulta muy interesante de esta publicación, además de la recreación discursiva de un imaginario y de un mundo de relaciones sociales, es la desmitificación de las redes de poder que aparecen consolidadas en los discursos dominantes y la forma en que la burla, el epigrama, la sátira, funcionan como medios para censurar al 'enemigo', y a la vez excluir del discurso y del poder a las voces que aparecían como discordantes con el orden buscado.

El trabajo de Fernanda Bravo Herrera es así una fuente invaluable de información sobre las redes sociales que operaban en un momento que va de 1879 a 1897, y que aparece nítidamente visible en sus contradicciones y debates, sus prejuicios y sus maneras de reforzar estructuras de poder a través de un discurso pretendidamente 'civilizatorio'. No es posible sino recomendar su lectura para todos aquellos que busquen conocer la Salta de fines del siglo XIX.

SÁTIRA POLÍTICA Y REPRESENTACIONES DE GÉNERO EN LA PRENSA DE SALTA A FINES DEL SIGLO XIX

LA CIVILIZACIÓN, LA REVISTA SALTEÑA Y LA REVISTA

Fernanda Elisa Bravo Herrera



CEPIHA - AVANCES DE INVESTIGACIÓN N° 8
2010
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE SALTA - ARGENTINA



GUIA DE PROFESIONALES

GUSTAVO CECILIA
ODONTOLOGO
GABRIEL CECILIA
ODONTOLOGO

25 de Mayo 591 - Tel. 431-4384
4400 SALTA

CORNEJO D'ANDREA & CORNEJO
ABOGADOS
HECTOR CORNEJO D'ANDREA
AMERICO ATILIO CORNEJO
BERNARDO AMERICO CORNEJO
HECTOR CORNEJO D'ANDREA (h)

Santiago del Estero 569 - Salta (A4400BKG)
Tels.: (54-387) 421-3052 / 421-3056 - Fax: (54-387) 431-3152

ESTUDIO JURIDICO

Dr. Carlos Douthat

Juramento 72 - Tel: 432-0900 - Fax: 431-1076
4400 - SALTA

EMILIA FORNARI
PABLO DE LA MERCED

ABOGADOS

ENTRE RIOS 837 - TEL/FAX: 421-2720 / 431-0191 - SALTA

ESTUDIO JURIDICO

Dr. GUSTAVO BRUNO
& ASOCIADOS

CASEROS 2 - Tel: 422-7668 - 431-1195
4400 - SALTA

María Magdalena Briones
Silvina Briones

ABOGADAS

DEAN FUNES 719 P.B. TEL/FAX: 431-8862
SALTA

ESTUDIO JURIDICO-CONTABLE

Dra. María Silvina Pecci
Dr. Roberto Pecci - Dr. Javier García Pecci
CPN. María Gabriela García Pecci

Sarmiento 268 - Tels: 4210786 / 4228433
4400 - Salta

ESTUDIO JURIDICO INTEGRAL

DRA. SILVINA B. BORELLI
DRA. GABRIELA CAUSARANO
DRA. NATALIA JEREZ

ALBERDI 53 - 2° PISO OF. 4
Tel: 4954230 - Cel: 16521287

ESTUDIO JURIDICO MARIA LOURDES

ANTONIO RESTOM & ASOCIADOS
TARTAGAL - ORAN

RESTOM ANTONIO
VARG CARLOS A.

NAZAR HECTOR JOSE EDUARDO
JUAN MARTIN SOLA ALSINA

España 87 - (A4560ABA) TARTAGAL (SALTA)
Tel: 54-3875-421314 / 1616 / Fax: 54-3875-421314
Gral. Güemes 478 - (A4530ABA) SAN RAMON DE LA NUEVA ORAN
Tel: 54-3872-422616
Email: arestom@arnet.com.ar

SOSA Y ASOCIADOS

ABOGADOS
BALCARCE 472
TEL.: 431-0134 LINEAS ROTATIVAS
FAX: 431-1529
E-mail: sosabogados@arnet.com.ar

MARIA JOSEFA ALZUETA
MACARENA CORNEJO

ABOGADOS

Asuntos de Familia - Sucesiones
Gral. Güemes 1349 - 1° Piso Tel: 422-0864 - SALTA



CENTRO DE HEMODIALISIS
SANATORIO EL CARMEN

OSVALDO CAMISAR

ABOGADO

Leguizamón 452
Tel.: 421-5016 - 431-7888 - Fax: 431-1829
4400 - SALTA

La filosofía y el problema del Mal:

Claudia Card y el paradigma de la atrocidad.

Alejandro Mirolli



I.

Independiente de toda teoría, la Argentina ha padecido una manifestación del Mal en forma concreta: el Proceso de Reorganización Nacional instaló una inmensa máquina de daño y destrucción: desaparición forzada de personas, presunción de culpabilidad y negación de toda justicia, secuestro de infantes, chantaje masivo a la sociedad por medio de un régimen de terror indiscriminado, etc. Muchos –algunos– fueron juzgados, poco, insuficientemente, la mayoría –aquellos que todavía viven– caminan entre nosotros. Y nos debemos preguntar ¿Por qué? Esta respuesta convoca a muchos saberes positivos y también la filosofía. Así como los teóricos de la Escuela de Frankfurt reflexionaron sobre la Shoah, podemos reflexionar sobre el Proceso. Y en ese sentido una teoría filosófica sobre el Mal es una herramienta para determinar qué es el comportamiento maligno, cómo interpretarlo y cómo evaluar estrategias políticas que contribuyan a su mitigación o prevención. Pero al abordar la tarea de proveer una Teoría del Mal nos encontramos con un problema diríamos gremial, ya que tradicionalmente el Problema del Mal ha sido un tema encarado por los teólogos y filósofos de la religión: en general se conoce como Problema del Mal la siguiente cuestión: ¿Puede un ser omnipotente e infinitamente bueno permitir el mal en un mundo que es su creación, y en particular, puede permitir el sufrimiento de los inocentes y cuál sería el extraño beneficio que recibiría la víctima inocente? ¿Y si hubiera una explicación para el sufrimiento de los inocentes –por más extraña que fuera– cuál sería el sentido de distinguir entre gente buena y mala si el castigo sufrido no tuviera ninguna relación con el comportamiento elegido?

Desterradas las divinidades, la Modernidad transfirió la posta a las ciencias del comportamiento: aquellos que antes eran llamados pecadores o poseídos, ahora serían unos psicópatas con una enorme carga de frustración que descargan su ira contenida en inocentes que no puedan defenderse. En este enfoque naturalista el problema del mal se trasmuta en el problema de la enfermedad mental, del comportamiento anómico u cualquiera otra alternativa que prescindiera del antiguo vocabulario teológico y de la imaginaria que le era asociada. Y cualquier intento de introducir el vocabulario del mal será análogo al intento de introducir un vocabulario demonológico.

Sin embargo esta visión que equipara mal con religión, puede ser revisada; es posible señalar que la filosofía moderna ha tenido

un interés secular por el tema del Mal, como señala Susan Neiman «La filosofía de los siglos XVIII y XIX fue guiada por el problema del mal. Intento mostrar que el problema del mal sirve como un principio de organización para comprender la historia de la filosofía, mejor que sus alternativas. Es más inclusivo e involucra un número mayor de textos; más incisivo para captar las intenciones de sus autores y más interesante...El problema del mal puede expresarse en términos seculares o teológicos, pero en ambos casos es fundamentalmente un problema sobre la inteligibilidad del mundo como totalidad <en la medida que>...cambios en nuestras comprensión del Mal revela cambios en nuestra auto comprensión y de nuestro lugar en el mundo...No pertenece ni a la ética ni a la metafísica, sino que forma un puente entre ambas.» (Cf. Susan Neiman (2004): *Evil in Modern Thought*, Princeton, Princeton University Press, p. 7). Autores como Voltaire, Rousseau, Kant, Hegel, Kierkegaard, Nietzsche, Sartre, Camus, Unamuno, Adorno, Heidegger, Amery han transitado este problema –como problema antropológico o metafísico– en sede más o menos secular.

Entre los intentos de desarrollar una teoría filosófica sobre el mal como un ejercicio conjunto de reflexión ética y ontológica, está el que lleva a cabo Claudia Card; esta filosofía estadounidense –investigadora en la Universidad de Wisconsin-Madison– ha desarrollado una extensa obra sobre ética filosófica y el tema del mal (Cf. entre sus libros (1991) *Feminist Ethics*, Lawrence, University Press of Kansas; (1996) *The Unnatural Lottery: Character and Moral Luck* Filadelfia Temple University Press; (2002): *The Atrocity Paradigm. A Theory of Evil*, Nueva York Oxford University Press; (2010) *Confronting Evil: Terrorism, Torture, Genocide*, Nueva York, Cambridge University Press; y entre sus artículos (1996) «Rape as a Weapon of War» *Hypatia* 11 (4):5 – 18; (2003) «Genocide and

Social Death» *Hypatia* 18 (1):63-79 y (2004) «Environmental Atrocities and Non-Sentient Life», *Ethics and the Environment* 9 (1):23-45;); precisamente en *The Atrocity Paradigm* (en adelante AP y nº de página) aborda la tarea de desarrollar una teoría filosófica del Mal, desconectada de toda consideración teológica. (Por razones de espacio nos limitaremos a una presentación de las tesis generales de dicha teoría.)

II.

El análisis del Mal no ha sido un tema central en la filosofía moral del siglo XX. Claudia Card menciona algunas de los más influyentes filósofos morales de la tradición anglosajona –Henry Sidgwick, W. Ross y Hastings Rashdall– para apoyar su diagnóstico. A lo sumo ellos consideran el comportamiento maligno como comportamiento inmoral o como situación indeseable o como comportamiento incorrecto. Esta identificación está en el núcleo de la teoría estándar que interpreta al comportamiento maligno como comportamiento contravenacional y a los efectos malignos como efectos indeseables o implacenteros. Pero el comportamiento contravenacional se define por su relación a una regla previa que determine lo que es o no es acorde a la regla, sin que entren en consideración ni la validez de la regla ni la gravedad o liviandad del acto, ni las voces de los afectados –ya que en rigor no es necesario que haya afectados para que se pueda imputar la comisión de una contravenención; en esta teoría estándar, por contravenación se entiende cualquier clase de violación de una norma desde meras regulaciones administrativas hasta principios constitucionales. Pero esta identificación de comportamiento maligno y

comportamiento contravenacional, tiene como resultado que la propia idea de Mal o malignidad se desvanece.

Pero para mostrar que la idea de Mal no es meramente una terminología diferente para hablar de contravenciones, Claudia Card cita a la filósofa Mary Midgley quien reconoce que solo ciertos comportamientos contravenacionales serán malignos y a Nietzsche quien señala que el comportamiento maligno «... compromete nuestra atención profundamente... y existe un riesgo que uno quede atontado con él.» (AP, 7).

También reconoce que en los últimos años ha habido un reciente interés por el problema secular del mal y así menciona a Laurence Thomas, Hannah Arendt, Primo Levi, Ronald Milo, Stanley Benn, Neal Noddings, John Kekes, Susan Neiman Robin Schott y Jonathan Glover.

Esto lleva a Claudia Card a diferir de otros enfoques filosóficos del Mal: allí cita la obra de John Kekes quien «...se focaliza en la tragedia de tomarse un productor de Mal y a otros filósofos como Neal Noddings y Mary Midgley quienes abordan el problema del Mal como el problema de la génesis del perpetrador.

III.

Claudia Card plantea algunas de las preguntas que debería abordar una teoría filosófica del Mal: «¿Es Mal un concepto que vale la pena conservar? ¿De qué modo el Mal excede lo meramente correcto o incorrecto? ¿Cuándo es maligna una persona? ¿Por su intención o por su motivo? ¿O por un deseo? ¿Somos todos potencialmente malos? ¿Cuál es el rol del sufrimiento en el mal? ¿Cuál es el rol de la culpabilidad? ¿Es el odio necesariamente malo? ¿Cómo podemos evitar el Mal sin producir resultados que sean malignos en el proceso? ¿Existen hechos malignos que puedan ser tolerados? ¿Es el Mal un aspecto inevitable de la naturaleza humana?» (AP, 3). En esa dirección la teoría del Mal que propone Claudia Card es una teoría antropológica, que no consideran ni los efectos negativos y el sufrimiento causado por acontecimientos naturales o azarosos, en la medida que no involucran negligencia o supongan comisiones u omisiones personales; ni considera la cuestión del mal en el contexto de la teología.

El objetivo de nuestra autora es abordar «...los males éticamente más significativos, más reconocidos públicamente...» (AE, 5) para «...articular un análisis ético de aquello que hace malignos a los deseos, personas, relaciones, prácticas, intenciones y motivos y usar ese análisis para abordar una cuestión

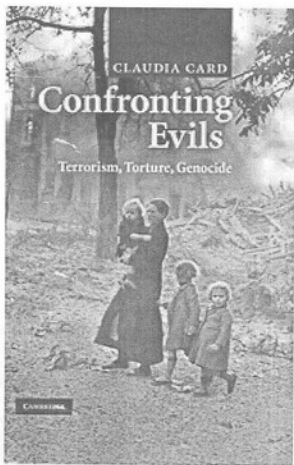
ética más general: qué hacer acerca del Mal y cómo vivir mejor con él.» (AP, viii).

El núcleo de la Teoría del Mal como Atrocidad (en adelante TMA) es su definición de Mal/ malignidad como daño insoportable que sea (1) razonablemente predecible (o apreciable), (2) producido por un agente culpable -i.e. causalmente dependiente de las acciones perpetradas y (3) que priva o pone en riesgo severo a otros para que puedan tener una vida -o una muerte- posible y tolerable «y adquiere una intensidad que puede desplazar la atención de cualquier otro interés» (AP, 16); en general las víctimas de daño maligno sufren la substracción de cualquier esperanza de modo que una malignidad será «... un daño razonablemente predecible -que no necesite ser altamente probable- que tiene cierta magnitud o importancia y que es generado, incrementado su riesgo, sostenido, agravado o tolerado por el comportamiento incorrecto culpables.» (idem).

La centralidad del daño insoportable es absoluta, por ello la autora afirma «... antes que los estados psicológico de los perpetradores, es la naturaleza y la severidad de los daños, lo que distingue al Mal (evil) de las incorrecciones ordinarias (ordinary wrongs). El mal tiende a arruinar vidas, o partes significativas de vidas. No es sorprendente que las víctimas no se recuperen nunca o nunca puedan superarlo, aunque a veces las víctimas puedan recuperarse y superarlo. Sin embargo los causantes de mal (evildoers) no son necesariamente maliciosos; casi siempre ellos son imprudentes sin excusas, cruetamente indiferentes, sorprendentemente inescrupulosos. Los causantes de mal no necesitan ser malas personas, aunque ellos llegarán a serlo en el tiempo.» (AP, 3-4)

¿Por qué apelar al concepto de atrocidad? Este concepto involucra los de genocidio, esclavitud, tortura, violación masiva, bombardeo de saturación, guerra biológica, racismo, etc. Existen tres razones para su elección como noción central para caracterizar el Mal:

- (i) «Porque las atrocidades son incuestionablemente malignas,
- (ii) Porque ellas merecen una atención prioritaria -más de la que los filósofos le han prestado,
- (3) Porque en el caso de las atrocidades el factor central de la malignidad tiende a estar suficientemente documentado, lo que hace que sea más fácil identificarlas y explorarlas» (AP, 9).



Las atrocidades tienen perpetradores y víctimas, un accidente natural no es un atrocidad por más que dañe y tenga víctimas, y por otro lado no hay atrocidades sin víctimas en el sentido preciso de recibir un daño insoportable y no en el sentido laxo de ser afectado involuntariamente.

En la determinación del Mal los roles de perpetrador y víctima son diferentes. El perpetrador de malignidades, muchas veces no reconoce la dimensión del Mal perpetrado, mientras que las víctimas parecen sobrestimarlos; para Claudia Card esto sucede porque los perpetradores y las víctimas se refieren a cosas distintas. Por un lado es posible que un daño irreparable no sea reconocido como tal; por otro lado que las víctimas identifiquen ciertos daños insoportables como la consecuencia directa de una acción responsable o sea como culpa propia, es irrelevante pues no merma en absoluto su carácter de víctima de una malignidad. Y este sufrimiento no cambia por más que cambien los relatos que ofrezca sobre sí misma -como no cambia el dolor de quien se auto inculpa del mal que le sea causado.

Otra razón de esa diferencia de relatos, radica en el hecho que el dato básico para el conocimiento del Mal son los testimonios de las víctimas, y estos testimonios no se preocupan primariamente por los motivos

de los perpetradores sino por la «... supervivencia al daño insoportable, la resistencia a la opresión, como guardar la propia salud, como evitar la victimización y cómo reaccionar ante los perpetradores (reconciliación, olvido, ignorancia, etc.)...» (AP, 11).

Precisamente el ser víctima del comportamiento maligno no supone ninguna pasividad ni concesión de las víctimas sino que «... por respeto a las víctimas que no sobrevivieron, prefiero enfatizar que las víctimas casi siempre son capaces de agencia.» (AP, 11) Estos relatos de supervivencia, de superación, de resistencia, no son relatos heroicos, sino exposición de las capacidades reactivas incluso en el seno del dolor más insostenible.

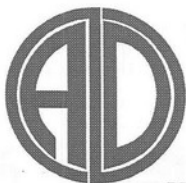
TMA prohíbe toda consideración del carácter o merecimiento de las víctimas ya que «La inocencia no es ni necesaria ni suficiente para que el sufrimiento cuente como resultado de la malignidad» (AP, 13). En particular porque «el comportamiento incorrecto culpable del perpetrador no presupone la inocencia de la víctima» (idem). Por consiguiente la evaluación del perpetrador no será restringida por ninguna rasgo de las víctimas, y la presuposición general será que «... nadie merece sufrir atrocidades, no importa los caracteres o virtudes <...> la inocencia es relevante para la justicia del castigo

particular.» (AP, 13) o sea para el comportamiento contravencional -para toda evaluación fundada en normas. Claudia Card pone como ejemplo la oposición a la pena de muerte, que es independiente de la inocencia o culpabilidad de los condenados. Al mismo tiempo ello supone abandonar las teorías del Mal que se pregunten por la génesis del perpetrador y que se resuman en la pregunta ¿Cómo puede ser que personas ordinarias sean capaces de cometer daños insoportables?; por ello la posibilidad de corregir las versiones de los perpetradores o víctimas no altera el hecho fundamental que explora esta teoría del Mal «... la importancia del mal se revela en el sufrimiento de sus víctimas...» (AP, 10). Ese énfasis en el imperio de las víctimas, le premia iluminar un aspecto trágico del comportamiento maligno, lo que llama «... la corrupción deliberada del carácter de la víctima como caso de mal diabólico.» (AP, 12)

En el contexto de nuestra teoría tolerable o soportable se consideran como conceptos normativos; así tolerabilidad o soportabilidad serán una función de stocks de bienes y servicios, que sean moralmente estimados como recursos para que un agente lleve a cabo sus planes de vida propios lo que incluye la satisfacción de las necesidades básicas -abrigo, nutrición, salud, integridad corporal, grados de libertad, etc.. Pero nadie, ni siquiera los propios agentes, son jueces infalibles de aquello que sea necesario para una vida tolerable en el sentido de una vida en la que el dolor y el padecimiento no cancelen la totalidad de las capacidades ni restrinja las posibilidades del agente por debajo de las necesidades mínimas. Por ello las víctimas no pueden renunciar a su carácter de tales, no pueden disminuir el imperio que su dolor genera, no pueden negociar ninguna restricción «instrumental».

Por ello se debe considerar que el concepto Mal/malignidad es un concepto de segundo grado u orden superior ya que *maligno* se predica de un tipo de comportamiento que ya ha sido evaluado normativamente. i.e. «...al definir Mal <«malignidad»> es necesario referir al concepto básico de comportamiento incorrecto, distinguir mal de otros horrores. El daño intolerable es maligno cuando resulta un resultado predecible del comportamiento incorrecto culpable.» (AP, 12).

En ese sentido la teoría del Mal como Atrocidad «...distingue entre los conceptos de incorrecto, culpabilidad y daño y permite decir que coherentemente no es necesario



ACCESORIOS del NORTE SALTA S.C.

Mendoza 1464 - Tel/Fax: (0387) 421-6080 - 4400 - Salta

ser maligno –a causa de no ser incorrecto o no culpable– para que haya consecuencias dolorosas.» (AP, 17).

Consideremos varios ejemplos (i) no todo dolor insoportable será maligno y en ese sentido la eutanasia consentida –como infligimiento del daño supremo– no será maligna, si bien puede ser considerada incorrecta; (ii) otro ejemplo será el caso del castigo: si se acepta la concepción ordinaria de Mal que lo equipara con resultado indeseable o implacentero, se puede concluir que un sistema penal que aplique penas implacenteras será maligno en algún sentido. Pero señala Claudia Card que «... el castigo solo será maligno cuando los inocentes o indigentes sea ejecutado condenado como resultado de una policía o sistema de justicia criminal corrupto.» (AP, 18).

Nuevamente la evaluación en términos de malignidad supone un concepto de segundo grado si el sistema policial y judicial tienen comportamiento contravenacional –en un sentido amplio, incluyendo la violación de las garantías constitucionales– entonces podrá producir –causalmente– daño insoportable y en ese caso y solo en ese caso diremos que dicho sistema policial o judicial serán malignos.

Un tercer ejemplo es el caso de las «manos sucias» i.e. aquello que ocurre cuando «...no se puede evitar cometer males, en cualquier magnitud, dando lugar a males inmerecidos porque para prevenir algunos males, parece que se tienen que perpetrar otros.» (AP, 18). Pero aquí se insiste en la distinción central entre culpabilidad y concurrencia, dado que «Para ser culpables, uno debería haber actuado de otra manera... que una acción inflija un resultado incorrecto, incluso una injusticia, no implica que el agente tuviera una alternativa mejor.» (idem). El agente de manos sucias será un agente cuyo comportamiento ocurra a un fin incorrecto, pero no maligno en tanto no habrá culpabilidad –definida como capacidad de prevención y omisión del daño insoportable que pueda producir.

Pero este no será un resultado inflexible, así como hay sistemas policiales y penales malignos, habrá comportamiento de manos sucias maligno, en efecto es posible que la elección de fines contravenacionales sea el resultado de malignidades previas. En ese caso la situación de manos sucias será maligna. Por ello al considerar la malignidad supone «...comprender las

malignidades como incluyendo una referencia al comportamiento incorrecto culpable con su fuente y no considerar a los daños básicos como malignos en sí mismos» (AP, 18).

IV.

¿Quiénes son los malignos? La autora aborda la compleja cuestión de la posible malignidad consigo mismo, si bien expone la posible consideración teórica de obligaciones autocentradas, distingue entre negligencia para sí mismo y malignidad; los daños auto infligidos será un tipo especial de comportamiento contravenacional pero no será un comportamiento maligno. Esto tiene una consecuencia importante: toda malignidad es daño insoportable sobre Otro y ello no es solo un dato, es precisamente la presencia del Otro lo que toma maligno a las consecuencias de un comportamiento incorrecto.

Card señala que la malignidad se extiende no solo a quienes sean víctimas directas, y que los perpetradores no sólo son agentes activos, las omisiones también pueden ser malignas, por ello no hay límite exacto a la clase de perpetradores y la clase de víctimas y su análisis será en última instancia un análisis situacional (AP, 19-20)

La cuestión de la determinación de los agentes malignos la lleva a distinguir entre intenciones malignas y motivos malignos i.e. «Un modo de distinguirlos es considerar una intención como un la elección de un acto y un motivo (tal como el deseo sádico o compasivo) no como la elección de un acto sino como lo que provee las bases para elecciones posibles.» (AP, 22). En esa dirección una intención maligna será «... la intención culpable de producir o hacer algo cuyo resultado predecible sea un daño insoportable, aún si la intención no se consuma.» (AP, 20) lo que puede hacerse de varias maneras v.g. (i) querer generar daño intolerable, (ii) querer lograr un fin sabiendo que en su consumación se genera daño intolerable o (iii) la incapacidad de atender los riesgos o el no tomarlos en serio.» (idem).

Así no es necesario que el fin primario de un agente sea causar daño intolerable, será maligno aún si siendo su fin altruista, sus medios causan dicho daño. Precisamente este sustrae el análisis de la malignidad de cualquier consideración utilitarista y pone al daño insoportable del otro como centro de la teoría del Mal.

Pero la malignidad no lo es sólo de agentes, sino de instituciones y legislaciones que lo serán no sólo si declaran un fin maligno –como las legislaciones raciales– sino «... cuando sea razonablemente predecible que quienes los

puedan modificar, que injusticias intolerablemente dolorosas resultarán de su aplicación o justificada (como muchos creen en el caso de la pena de muerte)...» (AP, 20).

En el caso de los motivos –o razones justificadoras– un motivo será malo si «...no es accidental que –cuando el motivo sea eficaz– genere daño intolerable...» (AP, 21). O sea se afirma una conexión causal necesaria de algún tipo entre la eficacia real del motivo y la génesis de daño insoportable v.g. «...la envidia maliciosa es un motivo maligno, si la entendemos como el deseo de daño mayúsculo para aquellos que están mejor que yo, precisamente porque ellos lo están; la mera envidia –el deseo de no perder en beneficio de otro, lo que uno considera propio– no lo es» (AP, 21).

Así TMA puede abordar el caso de Eichmann: sus motivos podrán haber sido banales –v.g. congraciarse con un superior– pero sus intenciones no lo fueron en absoluto y aquí sus intenciones declaradas fueron el estricto cumplimiento del programa de acción trazado en la Conferencia de Wannsee: el exterminio físico de todo europeo de religión judía.

Así ambas nociones conforman el núcleo de una teoría del Mal. Las atrocidades se pueden caracterizar por los motivos tácitos o declarados de una gente. Y esto tiene una explicación: si los motivos fueran relevantes, entonces estaríamos en una situación análoga a la definición del comportamiento maligno por medio del comportamiento contravenacional, si antes la malignidad se esfuma en un tema de validez y eficacia de las normas, ahora la malignidad se disolvería en cualquier conjunto de explicaciones psicológicas. Y en ambos caso el daño atroz tal como lo define TMA, se tornaría irrelevante. Los motivos serán pues efectores de intenciones malignas que se logren llevar a cabo y su malignidad derivará de estas.

En contra de cierto contraejemplo – formulado por Andrew Hryhorowich – que señalaba que la exigencia de daño intolerable en las víctimas y no en las intenciones del perpetrador, impedía evaluar como malignos aquellos proyectos de daño masivo que fracasaban-, Claudia Card sí admite que una intención es maligna aún si no ha provocado daño intolerable o real. Precisamente porque distingue entre motivo e intenciones podemos reconocer un agente que sinceramente repiñe o se resiste a malos motivos i.e. quiere elegir una acción maligna (v.g. precisamente por ello se puede

juzgar a perpetradores crueles).

De eso se sigue que «...la gente maligna no necesita ser perpetradora –sus intenciones pueden fallar– y que un perpetrador de malignidades puede no ser maligno –sus intenciones malignas o enormes descuidos pueden ser anómalos...» (AP, 22)... La autora enfatiza que no es necesario que los perpetradores de Mal sean malignos sino que podrán ser inescrupulosos, indiferentes, y negligentes, aunque en el largo plazo estos comportamientos culminen en la conformación de un agente maligno.

TMA concluye con una consideración antropológica: la malignidad no es una mera posibilidad lógica, para cualquier agente sino que «... ser potencialmente maligno... es algo real... en virtud de que el hacer malignidades no sería accidental... pero si la gente es potencialmente maligna, hay familias y comunidades cuyas prácticas tienen realmente el potencial de inculcar deseos, hábitos malignos entre sus miembros.» (idem).

V. Hemos expuesto las líneas básicas de TMA que propuso Claudia Card; estas líneas son desarrolladas extensamente a lo largo de la obra y en otros textos.

Si bien un mero esbozo, ya permite descartar de un plumazo todos los argumentos especiosos que apelan al «algo habrán hecho». Pues bien las evaluaciones de la malignidad de los efectos en las víctimas de la represión salvaje son lógicamente independiente de lo que nadie haya hecho o dejado de hacer nada. Más aún, el comportamiento maligno no exige motivos malignos; así no se podrá invocar ningún conjunto de razones de modo que pueda justificar dicha malignidad y ello porque el dolor insoportable le da la voz del Otro un imperio absoluto y trascendente.

Esto permite analizar las atrocidades sin considerar que estas tengan una dimensión meta histórica que las haga incognoscibles; en contra de las visiones como las que propugó Claude Lanzmann; TMA no reduce el imperio de las víctimas al promover el conocimiento científico de dichas atrocidades. Y esta exploración permite avanzar en las causas económicas y sociales que concurren en esas calamidades –y que muchas veces quedaron cegadas.

En su obra Claudia Card ha desarrollado y afinado TMA; y estas líneas no son sino una invitación para su lectura, y para el desarrollo de los problemas filosóficos –causalidad, que ella plantea –causalidad, agencia, determinismo, etc. que TMA plantea.



mundo
editorial

AÑOS DE EXPERIENCIA
APOYANDO LA CULTURA
LITERARIA SALTENA



EDITORIAL
distribuidora

La más amplia variedad
de SERVICIOS editoriales



Los Antiguos Mineros
SALTA



Condiciones de Precario
SALTA



Introducción a la Salta
SALTA



Historia de Salta
SALTA



El Territorio de Salta
SALTA



El Territorio de Salta
SALTA

Córdoba 714 | Tel. 54 387 4234572 | libros@mundograficosa.com.ar | Salta 4400

OBRA PÚBLICA. OBRA TUYA.

Puentes, rutas, caminos, adoquines. Escuelas, comedores, hospitales, centros de salud, comisarías, destacamentos. Complejos, playones y estaciones deportivas, terminales de ómnibus. Tendidos eléctricos, redes e instalaciones de cloacas, agua, gas e iluminación.

En toda la provincia, sin discriminación alguna, el gobierno realizó obras en forma ininterrumpida. Obras que vos usás todos los días, que realmente te sirven. Si no fuera así no servirían de nada.

Nos queda muchísimo por hacer. Nos queda seguir trabajando sin pausa. Sin pausa en serio. Pero también nos queda fuerza, ganas y capacidad para encarar ese desafío.

Y contamos con tu apoyo que nos obliga y nos alienta.

Todo lo hecho es tuyo. El deber de seguir haciendo es nuestro.

Y vamos a cumplir con ese deber.



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE SALTA.
Haciendo realidad la Esperanza.



Grupo BRIC

Cada vez más se considera en ámbitos especializados que la política mundial ha entrado ya en tiempos de acomodamientos inexorables. La necesidad de evitar una confrontación letal entre intereses nacionales o de bloques terminará por definir –tarde o temprano– un nuevo orden internacional y su correspondiente esquema de seguridad. Lo cual implica, desde luego, desplegar un desgastante juego de poder, en el cual cada estado preparará su estrategia geopolítica –para el largo plazo, por definición– movilizándolo recursos tangibles e intangibles en un contexto de constante interdependencia y crecientes escaseces. Por eso, la calidad de las dirigencias adquiere como nunca singular relevancia.

Hipótesis de trabajo

Así fue siempre y probablemente así seguirá, pues se trata de política y de seres humanos. En esta oportunidad, el cambio de rumbo implica reafirmar algunas reglas de juego todavía adecuadas para los tiempos que corren, descartar otras e imaginar nuevas, en función de una previsible multipolaridad de bloques antes que de países singulares. Estados-continentes (aquellos con gran extensión geográfica y población como Brasil, China, Estados Unidos, India, Indonesia, Rusia, la UE en conjunto –pese a su presente crisis existencial–), de estados con importante extensión territorial pero baja población proveedores de materias primas (Australia, Argelia, Argentina, Canadá, Congo, Sudáfrica), estados que bordean o han superado los 100 millones de habitantes (Egipto, Filipinas, México, Nigeria) y siempre e ineludiblemente –Japón, inciden

en el rediseño político. Juntos o revueltos regentean, convergen o divergen en organizaciones internacionales, bloques y «grupos» (BM, FMI, OCDE, OIEA, OMC, OEA, ONU, OTAN, OUA; ASEAN, Mercosur, NAFTA, UE; G 8, G 20, G 77, por citar los más conocidos), y juegan con distinto protagonismo, escala y suerte en esta partida de ajedrez global.

En verdad, hay claros signos que convocan a pensar en un tiempo de mutaciones: cambio de época y por ende de paradigmas; pero ¿cuáles? Sin entrar a debatir la precisión de la expresión, el cambio epocal presupone un giro de 180° en el comportamiento de los estados nacionales, cuya vigencia histórica fue puesta en tela de juicio pero continúan siendo sujetos y actores principales del derecho y la política internacionales. No puede haber comunidad internacional sin estados y si hubiese un gobierno supranacional universal, no estaríamos escribiendo esta nota. Tampoco puede negarse la incidencia en los asuntos mundiales de nuevos actores no estatales, no todos surgidos en buena ley, cuya presencia obliga a registrarlos a la hora de tomar decisiones políticas.

También urgen cambios en las conductas personales, ya que sin aquellos no hay demasiado margen para mutaciones positivas.

¿Cuestión de épocas, sistemas... o de comportamientos individuales?

El huevo o la gallina. De hecho, épocas y sistemas han cambiado por la incidencia de personas de carne y hueso que inventaron tanto instrumentos –brújula y astrolabio,

Cambio de época, ¿c Resultado

Gustavo

bombas nucleares y cohetes, vacunas y microchips– como doctrinas para armar el orden político e institucional de los distintos pueblos del mundo.

Ese otro nivel de análisis adquiere, a nuestro criterio, particular relevancia en las circunstancias actuales aunque no se le preste la atención debida, a pesar de relacionarse con la formación y comportamiento de las dirigencias, sobre todo –aunque no solo– las élites políticas por el papel institucional que asumen. Por caso, la candente situación europea, con algo de tragedia y farsa a la vez, está indicando que toda la dirigencia –política, económica y social– está anonadada. No obstante, Berlusconi, Merkel, Papandreu, Rodríguez Zapatero, Sarkozy et alii (Obama incluido), cada cual con sus yo y circunstancias, saben de qué se trata y qué hacer pero no pueden, no quieren, no saben o no se animan. ¿Por qué vacilan tanto? ¿Qué harán finalmente?, ¿será bueno que la UE se desintegre?, ¿y los costos mundiales de esa debacle? ¿Qué pasaría con las experiencias similares de otros continentes?, ¿no vamos acaso a un orden de bloques? ¿Qué los diferencia con Adenauer, De Gasperi o De Gaulle?

Por otra parte, las revueltas en el norte de África, iniciadas a principios de año en Túnez y concluidas hace poco con la ominosa caza de Kadhafi, ¿no ocurrieron básicamente por el cansancio de los respectivos pueblos, hartos de pobreza, corrupción y de concentración absoluta del poder? Tanto ellos como los muchísimos ¿indignados de otras latitudes, ¿questionan sistemas o la calidad personal de sus gobernantes?

Desde el punto de vista ético, los paradigmas del relativismo, utilitarismo e individualismo no conforman a una humanidad que está requiriendo más que nunca solidaridad, responsabilidad y honestidad. ¿No está eso detrás del masivo reclamo social para rescatar valores insólitos en la naturaleza humana y para trabajar mejor el bien común? Son fuertes señales de producir cambios en el comportamiento de las dirigencias, en especial, para mejorar la convivencia planetaria.

Lo dicho no obsta entender también que

muchas veces tales cambios pueden ocurrir desde el mal, tanto por mala suerte como por la incompetencia y a pesar de que los gobernantes dispongan de suficientes recursos humanos y naturales. Irak y el 11 S bastan y sobran como ejemplos.

Sobre viejas y nuevas reglas de juego

Pese a las innumerables cuestiones por considerar, existe un corpus aplicable materia de relaciones interestatales que fue armando durante siglos y se expresa en ciertos principios, cuya aceptación y validez ha construido un «orden público internacional. En todos los gobiernos existe una clara conciencia de lo que no se puede hacer: la eterna consigna de verse honestamente, no dañar a otros y dañar cada uno lo suyo, aplicable tanto a relaciones interpersonales como interestatales. Tal corpus es de evidente tradición occidental y cristiana y huera raíces en el legado grecolatino. ¿Suficiente para un planeta en que dos países como India y China concentran más de la mitad de la población mundial? Y el mundo islámico, pese a los preconceptos, tiene nada que aportar acaso? ¿migraciones –forzadas o no–, multiculturalismo, el decidido protagonismo de la sociedad civil, requieren afianzar reglas como la de igualdad soberana y buena fe en el cumplimiento de obligaciones internacionales, solución pacífica de controversias y no uso de fuerza y cooperación internacional, conforman aquel orden público, pero alcanzan sin ética, solidaridad y responsabilidad.

Las políticas de poder sostenidas por un estado desde su aparición en la faz de la Tierra y en función de privilegiar intereses nacionales concretos, ha llevado al mundo al punto en que se encuentra. La pregunta es si son definitivamente incompatibles tales intereses singulares con los del género humano en su conjunto. Recursos naturales versus medio ambiente, crimen organizado y lavado de dinero versus corrupción global estructural, obligan a preguntarse no solo hacia dónde vamos, cuánto aportará cada quién para evitar

Cambio de paradigmas? Espacios inciertos

Barbarán

destrucción por acción u omisión. Fuerza o derecho, confrontación o cooperación: esa es la cuestión.

Para entender mejor este planteo: el comportamiento de la comunidad internacional respecto de determinados espacios como la Antártida, los fondos marinos y oceánicos hoy de aprovechamiento común, el espacio ultraterrestre, la luna y otros cuerpos celestes, todos desnuclearizados, son casos de nuevos enfoques político-jurídicos y por ende de cambios de conducta ante la evidencia de que su afectación acarrearía perjuicios irreversibles para el género humano. Esos son espacios comunes declarados «patrimonio común de la humanidad» y su explotación ya está acarreado nuevos desafíos. ¿Y qué pasará con espacios bajo jurisdicción estatal como las zonas económicas exclusivas y las plataformas continentales, cuya traza nomás generó incidentes? ¿Y el Ártico y la Antártida? La tecnología propone un nuevo tipo de responsabilidad estatal, pero no por eso cabría despojar a Brasil de la Amazonia o extraer el gas y petróleo en el subsuelo ártico sin perjudicar al planeta. Así son los tiempos en adelante, plenos de oportunidades y amenazas y las grandes potencias no cederán ni un milímetro el espacio de poder que construyeron en los últimos 200 años. Ya algo referimos al respecto cuando analizamos el discurso de Obama en el parlamento británico el 25 de mayo pasado.¹

Desde que la Paz de Westfalia impuso las primeras reglas de juego eurocéntricas relacionadas a la posición del estado moderno frente a los demás, la igualdad soberana, integridad territorial, independencia política, no intervención, libre determinación fueron los paradigmas que configuraron una comunidad internacional que se dividió entre potencias colonizadoras y pueblos colonizados. Ese mundo empezó a desmoronarse tras la primera guerra mundial, cuando vencedores y vencidos entendieron que la guerra no era un instrumento idóneo para traspasar riquezas de un país a otro. 10 millones de muertos en los campos de

batalla terminaron con el orden eurocéntrico.

Al concluir la segunda, ya estaba claro que la guerra no debía ser jamás el medio idóneo para obtener objetivos nacionales, mucho menos utilizando armas de destrucción masiva. Los vencedores se propusieron juzgar a los responsables de la agresión, preparar un orden económico bajo su absoluto control (los acuerdos de Bretton Woods) y construir un orden internacional que prohíba la amenaza o el uso de la fuerza, proponiendo a cambio la solución pacífica de controversias y la cooperación internacional en todos los ámbitos de interés humano. Sin embargo, algo malo sucedió para que hoy se reniegue de Bretton Woods² y de las Naciones Unidas³ Ver «Cinco años de la Organización de las Naciones Unidas». Revista Claves n° 40. Salta, junio de 1995., cuyos sistemas no evitaron que los dos tercios de la humanidad estén sumidos en la pobreza y que la descentralización del uso de la fuerza no haya evitado Vietnam, el descalabro en los Balcanes, Afganistán, Irak o Libia, y sigue la lista.

Tal vez la respuesta esté en que ambos órdenes se construyeron con argamasa y ladrillos del orden decimonónico, reciclado en el siglo XX por dos actores excluyentes hasta 1991 al menos, cuando cayó el muro de Berlín e implosionó la URSS. Las bases ideológicas de Naciones Unidas (convenidas entre Churchill y Roosevelt en la Carta del Atlántico) son insuficientes para encarar los desafíos del siglo XXI, lo cual no quiere decir que no se deban invocar. Simplemente no alcanzan para lo que viene. Si considerásemos como Isidro J. Odena que el mundo no se adapta a cada doctrina de los estados sino que éstas se adecúan a los hechos, y que —citando a Amitai Etzioni— la trayectoria de los acomodamientos son un verdadero «cementerio de estrategias», tal vez convenga relativizar las políticas «realistas» de poder como motor de las relaciones internacionales para enfatizar en las nuevas reglas de juego.

Imaginadores razonables
Durante los años 70 y 80 del siglo anterior han sido numerosos los intelectuales que han imaginado el siglo XXI con algo más



de generosidad que los estrategas, a decir verdad. Desde el derecho internacional, el destacado docente de la Universidad de Columbia Wolfgang Friedmann en *La nueva estructura del derecho internacional* (escrito en 1964) auguró, justo después de la crisis de los misiles de 1962, tres niveles de comportamiento: la coexistencia como norma internacional, la cooperación universal y los agrupamientos regionales. Por su parte, mirando más hacia las relaciones internacionales, los norteamericanos Robert Keohane (U. Princeton) y Joseph Nye (U. Harvard) plantearon desde su obvio etnocentrismo la *interdependencia compleja* en su clásico *Poder e interdependencia. La política mundial en transición* (1977), analizando las «estrategias de vinculación» y la incidencia de la economía en ellas. Isidro Odena, entre nosotros, también aportó con su agotado —y algo olvidado— *Entrevista con el mundo en transición* (1963). Los citados no se equivocaron al observarlo todo desde esa perspectiva de transición. Instalada la globalización tal como se la entendió a partir de los '90, el notable sociólogo alemán Ulrich Beck, buceando en las dimensiones, errores y respuestas de la globalización, analiza la conformación de una sociedad cosmopolita y su necesaria ubicación en la *soberanía incluyente* (*¿Qué es la globalización?*, 1998). El francés Zaki Laidi, director de investigaciones en el Centro de Estudios Europeos de París, más desencantado escribió en 1994 *Un mundo sin sentido*, en el cual —analizando el fin de la guerra fría— aborda sin ambages la *pérdida de sentido* y la disolución de vínculos en Europa y el mundo entero, a la vez que propone avanzar en una nueva descentralización del poder por vía de la regionalización. Desde el neomarxismo, el

egipcio Samir Amin (*Más allá del capitalismo senil*, 2001) enjuicia el «modelo» de la segunda posguerra y propone un siglo XXI no norteamericano a través de un mundo multipolar. El indio Amartya K. Sen, premio nobel de economía 1998 y actual profesor en Harvard, en su libro *Bienestar, justicia y mercado* (1997), bucea en los errores y horrores de la desigualdad social, enjuiciando la economía de bienestar utilitarista y sus efectos de *consecuencialismo* y *bienestarismo*. Ni qué decir del sombrío *Planeta sediento, recursos menguantes* (2008) de Michael Klare, describiendo en este siglo los nuevos conflictos estratégicos que pueden tirar por la borda las buenas intenciones que pusimos en esta nota. Desde la filosofía del derecho, Martin D. Farrel, profesor de la UBA, en *Ética en las relaciones internacionales* (2003), refiere a las tensiones entre soberanía nacional y derecho de gentes, si el pluralismo cultural habilita el pluralismo moral y la vigencia del consecuencialismo ético.

Podríamos seguir sumando nombres de lectura imprescindible, pero esta breve aproximación en suma es la manera de acercarnos al ojo de la tormenta. Si no estamos atentos a los signos de los tiempos, si no profundizamos los análisis y debates de mediano y largo plazos, no esperemos paz y bien para las generaciones que nos siguen y nos reclaman resultados. En fin, prohibidos los preconceptos y prohibido no pensar. Los lectores habrán advertido, finalmente, varios tópicos flotando en el aire. Es verdad, será motivo para una nueva nota.

(Notas)

¹ Revista Claves n° 202, Salta, agosto 2011.
² Ver «Los acuerdos de Bretton Woods y lo que viene». Revista Claves n° 179. Salta, mayo de 2009.



Raúl Aráoz Anzoátegui está en lo que deja

Santiago Sylvester

Como han dicho algunos titulares periodísticos, con la muerte de Raúl Aráoz Anzoátegui desapareció una época en la literatura del Norte. No sólo por haber sido integrante de La Carpa, aquel grupo convocado en 1944 por Raúl Galán, sino porque a su generación le tocó la tarea de terminar de armar la identidad cultural de la región, que había empezado a expresarse nitidamente con Juan Carlos Dávalos.

Fue una época muy importante: significó, a partir de entonces, tener claro en qué consistía ser del Norte, no sólo para la gente de estas provincias, sino también para el resto del país. Aunque también sucedió que esa identidad, como toda identidad, comenzó a modificarse en cuanto estuvo diseñada: es el inevitable juego caliente del verbo ser. Sin embargo, habría que agregar que, a pesar de los cambios, las campanas maestras siguen repicando al fondo, dan una orientación general, y no es cierto que seamos de todas partes como sugiere la mundialización.

No sé si ellos (Galán, Manuel Castilla, Aráoz Anzoátegui, María Adela Agudo, Jorge Calvetti, Mario Busignani, Néstor Groppa, entre muchos más) fueron conscientes de la tarea que les tocó. Pasado el tiempo, esto es evidente para nosotros: se trató de un momento necesario, imprescindible para la consolidación de una manera, de un punto de vista propio, que se tradujo en expresiones artísticas fundacionales; una época que, según creo, vive en estos días la Patagonia, por ejemplo. Tiempo de plantar cimientos sólidos y apuntadores, y de definir los materiales de la construcción. Esta es la razón envidiable de por qué esa tarea, y desde luego sus resultados, fueron asumidos como propios por la gente del lugar: en ellos se reconocieron, se celebraron y se sintieron a gusto, orgullosos de verse retratados de ese modo. Fue un momento tal vez irrepetible por la suma de elementos que se dieron cita, todo colaboró en la misma dirección: no solo la poesía, también la pintura, la narrativa, lo mejor y más auténtico de nuestro folklore, y por supuesto el enorme acopio de la cultura popular, recogida en telares, alfarería, y cancioneros. Con un rápido repaso, se ve la magnitud: es difícil que vuelva a juntarse tal cantidad de nombres propios, representativos de distintas materias, para dar una versión seria, verosímil y armónica de nuestra tierra.

Hay que agregar que, junto con la idea de región, esa generación nos dejó además las bases de la modernidad. Por ejemplo, en poesía, con ellos llegó el verso contemporáneo: la ruptura formal, la búsqueda de disonancias. Es oportuno recordar que precisamente Raúl Aráoz fue quien publicó en Salta el primer libro de poemas construido sobre el verso libre: *Tierras Altas*, de 1945. A partir de ahí el verso libre, y con él el viento nuevo, entró de lleno a la poesía de la provincia.

Ahora nos queda el ejemplo y mucho trabajo, porque como pasa con las obras del tiempo siempre hay que empezarlas de nuevo, y siempre combinando materiales: antiguos y recientes, tomando la cautela de que todos sean de buena calidad. Entre los materiales heredados, de la mejor calidad, la obra de Raúl Aráoz Anzoátegui tiene un sitio ganado: ahí está, consistente y sólida.

Es cierto que para Salta ha terminado una época; para mí, además, se me ha ido un hermano.

Raúl Aráoz Anzoátegui

(1923 - 2011)

*Oh, Señor, dad a cada cual su propia muerte,
el morir que procede de la vida,
en que hubo amor, cuidados y un sentido.*

Rainer María Rilke

A pocos hombres se les puede aplicar con más justicia que a Raúl Aráoz éstos versos de Rilke. Su íntima generosidad, sin alardes ni vacuos sentimentalismos, hacia de su trato un remanso a las vicisitudes del diario vivir. Lo frecuenté casi cincuenta años. Fue una amistad sin sobresaltos que se afianzó en su afecto por CLAVES, publicación a la que animó constantemente. Su versación poética se tradujo en varias oportunidades con aportes inéditos y documentación, en muchos casos, fuera de nuestro alcance. Murió serenamente contemplando el jardín que rodeaba su hogar y creo que enumerando lentamente los nombres de los árboles de su tierra natal. Yo estoy seguro que el Negro Aráoz descansa en paz.

Pedro González

A TIERRA Y CANTO

*Pedid a los dioses, ¡oh labradores!
veranos lluviosos e inviernos apacibles.*
Virgilio

Siempre, cuando nos vienen las lluvias del verano
creciendo por los árboles,
escuchamos correr en la alta noche
un río interminable.

Bajo la noche blanca, mi corazón espera
en este valle, madurando;
trepando con las nubes las maderas del cielo,
iluminando campanarios.

Porque aquí voy haciendo la casa, los recuerdos,
voy haciendo en el aire, con mis manos.

Aquí todos entramos, por mi puerta
y la guitarra ardiendo;
legamos por el hombre
hasta los huesos.

De aquí también salimos
hacia mi perro
saltando pajonales transparentes.

Y hacia el caballo ciego,
carpiendo sus tinieblas,
definitivamente, ahora, tendido en el crepúsculo.

Hacia lo que comienza
a golpearnos la vida en todo el pecho.

Aquí aprendemos a olvidar la corola
del otoño,
si la tarde detiene sus luces giratorias:
y como un alga de humo
que se agranda,
aguadamos la embestida violenta
de las plagas.

Oh volver otra vez a comenzar,
a recibir el sol desierto en las espaldas
y llevárselo a cuestras.

Y todavía
 en los galpones húmedos, quedamos.
 Volvemos hoja a hoja
 y la resina penetra el esqueleto,
 las vértebras del alba.
 Rodeados vamos de rocío
 y de su lágrima celeste, casi humana;
 desde su aroma
 subimos por las plantas;

defendemos aquí la asombrada y purpúrea
 flor de los tabacales a fuerza de milagros;
 golpeamos los bejucos trepadores;
 mientras asciende el año
 paso a paso,
 hierro a hierro
 y Dios a Dios.

Día a día
 me miro
 en el tabaco,
 buscando mi color definitivo.

Limache (salta)

TAN ALTOS, EN LA NOCHE ...

Tan altos
 en la noche
 pusimos nuestros fracasados fuegos,
 que el río de la noche
 fue borrando sus vestigios.

Permanecemos
 al borde de la nube, apenas;
 balanceados del viento
 cada vez
 más hondo;
 entregados al delirio.

Tal vez ya de nosotros
 sólo quede
 este rostro; esas horas
 que fuimos
 a diario
 consumiendo,
 sin saber en qué soplo
 de eternidad vivimos.

Al roce de las cosas
 nos miramos de cerca
 hasta tocarnos el alma.

La luz nos crece, entonces,
 e inunda el mediodía,
 estos breves aromos
 que respiramos, juntos.



Guillermo Orce Remis, Arturo Alvarez Sosa, Raúl Aráoz Anzoátegui y José Augusto Moreno. (Tucumán, 18 de Noviembre de 1960)

CONFESIONES MENORES

... los ratos míos
 son más míos si son también de todos.
 Octavio Paz

No sé si ir directamente
 al grano,
 o quedarme mirando las nubes
 el paisaje.
 Acaso la costumbre de medir las palabras
 de intento nos engaña;
 las imágenes obligan a arrastrar
 las gastadas historias. Y la vida
 no sólo es este campo demasiado hermoso,
 que por una ventana -a medio construirse-
 me va sorbiendo el alma
 para que nada en mí se quede
 de lo mío.

Cuánto trabajo necesitan para hacerme
 creer
 en las cosas que no creo,
 para expiar no sé qué culpas,
 para cargar con esta angustia
 que nos pertenece a todos.

No quiero dispersarme
 tan habitualmente como lo hago,
 desperdiciarme al aire de la belleza pura,
 salir a caminar en el enturbiado cristal
 del caer de la tarde.
 Y sentirme arrebuado a la intemperie
 como si fuera para siempre
 a dormirme.

Muy claro es el espacio vislumbrado
 entre las ramas,
 me cuesta abandonarlo.
 Oigo cantar los molles, en el jardín,
 junto a la casa en que el amor se escucha
 como fuente que surge, eterna.

A veces disimulo
 y no escribo.



LIBRERÍA RAYUELA
 "NOVEDADES DEL MES"

J.M. LE CLÉZIO Revoluciones

A. ROCHA DE LA TORRE (COMP) Heidegger hoy

A. PAENZA ¿Cómo, esto también es matemáticas?

E. HOBSBAWN Cómo cambiar el mundo

E. PONIATOWSKA Leonora

Alvarado 570 - 4400 - Salta - Argentina
 Tel/Fax: (0387) 4312000 - 4313288 E-mail: rayuela@arnet.com.ar

Raúl Aróz Anzoátegui, el dialogante, y su «contrato con la vida»

Zulma Palermo

Mi diálogo con Raúl se inició con inusitada intensidad -nunca interrumpida- allá, a comienzos de los '80, cuando recibió el Primer Premio de la Fundación Argentina para la Poesía. Años difíciles aquellos, en los que desde el exilio interior mi presencia y mi voz se encontraban interdichas en el reducido espacio de la aldea provinciana y del país total. Este dato no sería significativo si no estuviera poniendo en evidencia uno de los rasgos que caracterizan a Raúl: su generosa apertura para con alguien a quien poco conocía, impugnada además por la sociedad de ese momento, al delegar en ella la responsabilidad de hablar públicamente sobre el premio recibido.

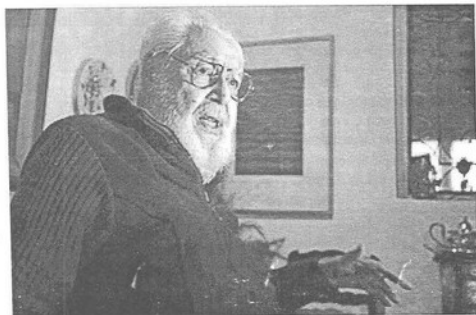
Con los años aprendí mucho de él, de sus palabras, de sus gestos. Más allá de su profundo amor por la escritura, por el Poema, así con mayúscula, al que veía como la posibilidad -tal vez única- de decir todo lo que se puede sobre/en el mundo y de los seres que lo pueblan, su actitud humana, sencillamente compañera. Capaz de abrir su casa tanto como su corazón a quien llamara a su puerta, jamás escuché de él un reproche, una queja o una crítica, ni siquiera sobre aquellos que alguna vez atacaron su rol protagónico en la formación de nuestro imaginario. Al contrario, estuvo siempre atento a lo que le requerían, alentándolos(nos) a seguir produciendo, a continuar buscando la palabra exacta para decir lo necesario -como se lo exigía a sí mismo- y reconociendo en aquellos que lo concretaban sus logros como ventanas abiertas a nuevas perspectivas.

Es el Raúl que se consideraba un hombre feliz por haber nacido en Salta y en su generación, por haber vivido en un siglo de grandes transformaciones y también de dolorosas confrontaciones sucesivas. Sin embargo, su manera de habitar el mundo, sus andanzas por distintas geografías y las similitudes que en los distintos espacios encontraba, le hacían posible creer que el entendimiento entre los hombres sería factible si pudieran liberarse de razones políticas y de prejuicios biológicos diferenciadores. Sí, es la voz de un humanista que no se contentó con decir sino con hacer de su vida una práctica de con-vivencia, tanto en la intimidad de la casa como en la gestión pública.

Por eso, en abril del 2009 se prestó con entusiasmo a reunirse con muchos de nosotros en una extensa charla abierta dejando en ella un *Registro de memoria*¹, un recorrido de su andar por todo el siglo XX, tal como también queda inscripto en sus poemas. Poemas que, reunidos finalmente, en su *Registro poético*, son -como decía acerca de *Confesiones menores*- «el testimonio de una búsqueda ininterrumpida de la poesía». Esos libros, últimas donaciones del poeta, son también sus postreras búsquedas de solidaridad con nosotros, sus lectores, sus amigos, con los que después de pasados estos tiempos, lo escucharán decir en una última dación de sí:

... Y la vida
no sólo es este campo demasiado hermoso,
que por un ventana -a medio construirse-
me va sorbiendo el alma
para que nada de mí se quede
de lo mío.

Salta, octubre de 2011



Este canto de amor

Como siempre el otoño nos iba penetrando
y la tarde caía desde sus grandes ráfagas.
y era la tierra, entonces, una aldea olorosa.

Pero atrás han quedado las torres provincianas
y el valle del aroma.

Porque el amor, ahora, es esto
que aprendí sin nombrarte.
Oh, todo lo que fuimos diciendo
sin decimos.

No es necesario, no, buscar la primavera solamente,
ni todas esas cosas que tú, bien sabes, amo:
esta nube espesa
flotando como un tronco por el río;
nuestro granado en flor;
mis amigos que traen su guitarra en la noche
para salir desde mi corazón.

Porque el amor, es esto:
lo único que solo, no pude construir nunca.

Lo que me acerca a todo con tu misma alegría.
Oh, tú conoces cómo en la nocturna
claridad, muchas veces,
miramos hacia el cielo de las lluvias.
y cómo si el granizo golpea sobre el cuero
tirante de noviembre, recorremos el campo,
mientras se balancea el cuerpo de la noche.
Y nuestra lámpara en la mano
se sube por los árboles.

Por eso pienso cosas que sin tí callaría.
Porque no es el amor únicamente tu cintura de trigo.
Fuimos hechos, también, para la vida,
y eres tú para mí, como la tierra y el agua,
y lo maravillosamente cotidiano
y los hijos que llenan con sus voces
la lenta transparencia del aire entre los álamos.

Por eso estás en lo que vivo.
En la resina ardiente
del tabaco, en sus hojas que parecen el mapa
de esta mitad de América, con su corteza austral y verde.
En los amaneceres fríos de este abril que comienza
trabajando en el viento y en las ranas más altas.

Aquí mi amor te recupera
y canta.

Limache (Salta), 1953.

¹ Se trata de una propuesta generada desde la Fundación Pajcha y de la que se concretó un pequeño libro *Registro de memoria: un poeta, un siglo*, Editado por Mundo editorial ese mismo año 2009.

Una vida de poeta

Leonora Fleming

Para escribir sobre «El Negro Aradito», como lo llamaba mi hijo Pablo cuando niño, recorro a los versos de Antonio Machado que lo presentan tal cual era: un hombre bueno «en el buen sentido de la palabra, bueno». El dato excepcional de su biografía fue justamente su capacidad para llevar una existencia armónica: en un ámbito difícil, como el literario, que suele oscilar entre la queja, el resentimiento y la jactancia, sorprende una personalidad calma y temperada, regida por una deliberada buena fe, que buscó y encontró en cada uno su virtud.

Con la materia de una vida patriarcal, plena de «el amor amoroso de las parejas pares» (verso que tomo en préstamo a López Velarde), y con una muy bien nutrida biblioteca, Raúl Aráoz construyó sus poemas. Demoradamente, sin ansiedades que perturbasen su ritmo, fue rumiando versos que maduraron tan lenta como profundamente y que, como moneda de intercambio, iba guardando en su vieja billetera: todo un símbolo del valor que el poeta daba a los poemas.

Si la poesía, más que auto-expresividad o comunicación, funciona

como intermediaria entre el mundo y su nombre exacto (en palabras de Blas Matamoros), la de Aráoz Anzoátegui, una y otra vez, abierta o sigilosamente, nombra el amor, lo sorprende y avista a través de sus múltiples caras.

Una potente afectividad carga a esta poesía aparentemente apacible. El amor -para abreviar- dibuja el contorno de un mundo propio que incluye formas variadas de un mismo estado de armonía con el paisaje y las personas. En sus mejores versos, Aráoz no predica sobre el amor sino que lo pone en acto, seduce a las palabras para que lo instauren: el amor familiar, en la ternura con que convoca al pequeño hijo ausente «junto a las palomas color tormental de la Plaza Roja», o el volcado a los amigos que llegan a deshora «dejándonos un poco de tierra en las baldosas»; el comprometido con los desvalidos de «esta mitad de América» y el del respeto afectuoso por los antepasados que sobreviven en los retratos.

Como constante proteica que se manifiesta en toda la obra, el amor de pareja, el sentimiento más firme, crece y se desarrolla: desde el yo enamorado y el



Raúl Aráoz, Luis Preti u Gustavo «Cuchi» Leguizamón

tú de la amada ausente y reocorada en la naturaleza, de las composiciones de *Tierras altas* (1945), su primer libro, o la presencia jubilosa en *Rodeados vamos de rocío* (1963), hasta el amor maduro que se funde en un «nosotros», capaz de resistir el paso del tiempo. En *Pasar la vida* (1974) escribe: «Mira, / somos iguales que antes, / cuando dijimos / que nos queríamos. / Sólo los otros, / ahora, / son diferentes»; un haber vital que rescata el «somos», lo que se logró a lo largo de «tantos duros y hermosos años», como dice la dedicatoria a Renée, su mujer.

En ese balance, el amor resulta ser «lo único que sólo no pude construir nunca», aunque tenga que sumar renunciamentos: «Mira, / qué pronto, / los árboles crecieron / en la casa. // Como

tuvimos que podar / los sueños, para que la luz / entrara, / de lleno.» Estos versos marcan el núcleo más intenso de una obra que ha ido desechando lo accesorio para dejar lo fundamental: el amor en su intimidad, plantado en el texto a partir de un trato diario con la poesía; una escritura demorada, de lenguaje directo, casi cotidiano, apto para lo esencial.

Vida y obra fueron entonces en la misma dirección; en ambas se impuso la personalidad del hombre condescendiente, sabio, sin envidias, que no corrió al ritmo atollado de su tiempo, y construyó con calma lo que vale la pena, vida y literatura, dos palabras que para él significaron la misma cosa.

Buenos Aires, noviembre de 2011

1810-2010
En el año del Bicentenario

CONCEJO DELIBERANTE DE LA CIUDAD DE SALTA

Juntos podemos lograr la ciudad que queremos.

MUNICIPALIDAD DE SALTA
Caseros

Avenida República del Líbano 990
Tel: 0387-4233680 · 0387-4233552 · 0387-4232929

Rocha y el cine del hambre

Nicolás Fernández Muriano

El pueblo es el mito de la burguesía, dice Rocha, y hay que verlo hablar, no sólo oírlo. Porque las manos se le agitan tan violentamente mientras habla; como si nadara contra la corriente de su propio discurso. Y Rocha no pone en escena las categorías del pensamiento político, que enuncia, sin ponerlas en trance con las manos. Ocurre además que esa agitación es isomorfia a la que la cámara irá realizando en la maduración de la obra, o habría que decir, igualmente informal. De lo formal a lo informal, si el asunto del cine político es el nacimiento de un pueblo, el espectáculo más conmovedor que puede verse bajo el cielo, como pensaba Rousseau, las manos de Rocha no mecen la cuna, como las de Griffith, ni revuelven el puchero del crisol de razas, como Ford o Kazan, pero tampoco pegan el puñetazo sublime del reflexivo Eisenstein. Entre la puesta en escena truncada de los géneros políticos clásicos y su puesta en trance, parece alcanzarse el punto de ebullición previo a esa gran cocina de la historia que él llama «cine digestivo». Pero el pueblo, el suyo, no termina de nacer... Abortado del origen, siempre es demasiado pronto o demasiado tarde.

Comencemos por el principio. En el principio fue el puchero, dice Eisenstein, leyendo a Dickens en la obra de Griffith. El puchero, es decir, el primer plano, la intensificación gestual de las burbujas a punto de estallar, pero no todavía. El primer plano es inmediatamente rostro, dice Deleuze. Y si el pueblo va a nacer, en el cine, va a nacer en el puchero del rostro. Pero antes debe colmarse un desvío, entre una situación histórica demasiado grande para un pueblo todavía pequeño y un pueblo ya tan grande para invertir la situación. ¿Cómo se hace capaz de actuar? Se trata de alcanzar ese instante, el intervalo entre el pasado y el futuro, según un movimiento de intensificación afectiva, en un presente suspendido. Así el cine clásico alcanza a su manera la forma del tiempo, es decir, la forma de la interioridad. Eisenstein es contundente en este punto: el cine es el arte de masas, porque es el órgano estético de un sistema nervioso colectivo, que es forzado por el movimiento sublime de las imágenes, a tomar conciencia de la totalización que él mismo realiza. Esta teoría de la puesta en escena se recorta de aquella otra que tiene en los individuos la forma de la interioridad del pueblo, es decir, la representación política, estética, heroica, que propone una relación de interiorización inversa: es la pantalla la que interioriza al espectador, en la forma de la identificación afectiva. El héroe es pueblo contraído y el pueblo es héroe dilatado.

Hollywood propone un drama ético, la posición de dos o más maneras de ser o *habitus*, que miden en la acción sus posibilidades históricas, pero sobre todo, propone la reelaboración del pasado, en el sentido de Nietzsche, según el cual, actuar históricamente es determinarse en una nebulosa a-histórica, la de un olvido operativo, para introducir lo posible en la situación. Siempre son grandes momentos esas seguradas en las que el *habitus* es como



(Corisco: Dios y el diablo en la tierra del sol)

el viento que sopla por la espalda del héroe, en un sentido que imprimirá a su acción un lugar decisivo en la historia. Y el realismo americano tiene muy pronto una clara conciencia de la dilatación abismal de sus días heroicos sobre la tierra. *Somos gigantes verdes conquistando el mundo*, dice el soldado-asesino en la despiadada autocrítica de Kubrick. Y es que de aquí toma Hollywood su poder constituyente de máquina de los sueños: «no será posible... reprochar al sueño americano no ser más que un sueño: eso es lo que quiere ser, y todo su poder le viene de ser un sueño... que los bendice con una sana ilusión como continuidad de la nación». El paso a la acción es el intervalo entre el olvido del pasado y el sueño del futuro, la aceleración que los estabiliza, hasta realizarlo posible, como una serie de cuasi-causas éticas superpuestas a las causas históricas.

Pero si este cine no alcanza la potencia del instante, sino un presente acelerado, llega sin embargo a una dimensión histórica y aún meta-histórica. La historia monumental, que con el *Cinemascope* realiza su máxima potencia, alienta los paralelismos y hace de Lincoln un nuevo Moisés: el último padre del último pueblo. Y la historia americana es la nebulosa a-histórica de todas las historias, como la mano de Griffith, en *Intolerancia*, meciendo la cuna desde el origen de los tiempos. La *intolerancia* está tan bien determinada como cuasi-causa en esos rostros-espejo, en un montaje alterno que pasa por los binomios Babilonia-Jerusalén, Roma-América, que en la persecución acelerada, acaba por torcer la serie de la historia hacia su homeostasis republicana (donde Cristo sería salvado por la absolución del juez

que baja del tren en el penúltimo momento). De ahí que Eisenstein critique el primer plano americano como afectación histórica, el puchero del puritanismo, que opera un cambio de escala relativo entre el cuerpo individual y un bloque de espacio-tiempo hecho a su medida como un traje con olor a nuevo.

En los primeros planos que llevan su rúbrica, en cambio, los movimientos intensivos hacen que el gesto desborde la superficie del rostro y se componga con otros rostros, en un desencadenado de primeros planos fluyentes, cuyo alcance expresivo no es igual a la suma de las partes, sino el intervalo intensivo entre la receptividad de los individuos y la acción revolucionaria, por medio de una auto-afcción del pueblo por el pueblo, en una serie creciente de afectos colectivos que fuerza una toma de conciencia, como lo sublime en Kant fuerza un pensamiento totalizador. Pero en Eisenstein la totalización se encama en la historia, opera como cesura entre lo viejo y lo nuevo. Es el modo en que un cine de lo sublime se opone al sueño americano de la continuidad. El pueblo inaugura su propio calendario; nace en términos absolutos. ¡Lo sublime es la irrupción de lo posible en la historia!

Presentimos ya la agitación de Rocha. En *Dios y el diablo en la tierra del sol*, el primer plano del hambre es un rostro onubulado, inmóvil. Si algo había que señalar con la mirada, la sombra lo emboca y lo vuelve contra sí. Ni plato de sopa ni cielo infinito como su reflexión en contraccampo. Rocha desvirtúa el rostro tanto como rostrifica el desierto. La sombra es la interioridad que encierra el espacio como una tormenta que llega de lejos e impone al hambriento el gesto del miserable, que se iluminará más o un sol entre dos horizontes, uno individuado, rostro de Cristo que se levanta con cara de poner la otra mejilla, otro colectivo, rostro

de clase, para hacer el *make-up* del clandestino y bautizar a la indiada en un crisol de sangre. En pocas palabras, el rostro del hambre es la hipótesis que el buen gusto deja pasar por compromiso ético. Y sólo porque el *Leviatán* cinematográfico está hambriento de hambrientos, de la vibración que recicle el cuerpo del pueblo con la forma de la interioridad o el inimitable mágico, para abrirle al tercer mundo las puertas del mercado. Pero, dice Rocha, «nosotros sabemos que el hambre no será curado por los planes de gabinete y que los arreglos del Tecnicolor no esconden sino que agravan sus tumores.»²

Desde su primer largo, *Barravento*, plantea los términos como a mitad camino entre la composición centrifuga de la masa soviética y la determinación centripeta del jefe americano. Pero ni el pueblo colma el desvío, ni el jefe deviene representante. El esquema de la inversión claudica. El líder embiste contra el pueblo violentamente, para impulsarlo a la rebelión. Aparece en dos primeros planos contra el cielo, aislándose del lugar en que se desarrolla la acción. Esas imágenes se interrumpen por planos lentos de los pescadores, hincados en la arena, sometidos al trabajo. La alternación de las dos series de planos, localizadas como en bloques de espacio-tiempo imposibles, determina una relación de exterioridad. El montaje paralelo no podría converger. Los pescadores no reaccionan. Algo semejante ocurre en *Dios y el Diablo*, entre el Santo Sebastián y el pueblo: éste, compuesto en primeros planos intensivos, a la manera de Eisenstein, se acerca al éxtasis religioso, el recortado contra el cielo en profundidad de campo con la serenidad de un apóstol. Pero esta vez la rebelión explota. Luego la multitud se disgrega. Matarán a su líder y encontrarán otro. La serie regresa al infinito. El intervalo serpentea y se abre en delta. La unificación es puramente afectiva: disponible al shock terrorista o al milagro, el pueblo falta a la historia. Y sin embargo, el estallido no se limita a la mera agitación. En *Estética del sueño*, Rocha critica *La hora de los hombres* de Solanas porque se reduce a eso: «agitación y polémica», la parte del acontecimiento que se agota en su consumación, si no en el encorsetamiento de teleologías históricas, que el dispositivo cinematográfico parece imponer sobre las materias plásticas locales. Y hay que verlo a Rocha agitando contra las lentes Kodak, que opacaron el brillo del sol de Bahía, *californiando* sus playas. El hombre de la cámara es como un Diógenes con su farol en busca de un pueblo que no existe, bajo un cielo que existe todavía mismo. En todo caso, dice:

El problema internacional de América Latina es todavía un caso de cambio de colonizadores, siendo que una liberación posible estará todavía por mucho tiempo en función de una nueva dependencia.³

Pero la rebelión de los hambrientos no se acaba en la primera panadería. Contra la tradición política, el hambre es para Rocha una categoría positiva (mientras la «toma de conciencia» es un concepto vacío que se realiza en la mesa de edición). La categoría política latinoamericana. Su originalidad y su nervio. Y el latinoamericano ha logrado mantenerse neviosamente al margen de la interioridad estatal y la ciudadanía, desde antes del Estado aún, algo que Borges leyó perfectamente en la génesis de nuestra literatura. El sargento Cruz traiciona al Estado y pasa al exterior. Se da vuelta. Eso un inglés no lo haría. Aquí resuenan Sarmiento y Euclides Da Cunha. La barbarie es la exterioridad que se interioriza a los palos. Y Rocha es taxativo en esto: la única opción histórica de interiorizar el hambre, es matar a los hambrientos. Así habla San Jorge, el santo guerrero del pueblo. Pero si el pueblo no está listo para nacer, tampoco el Estado estuvo bien dispuesto para estrair el territorio. Prendido al ciclo de la venganza, como Rómulo a la teta, sólo existe a través de sus *matadores*, o de esos voceros, como aquel de Rufo, en *El llano en llamas* (ese otro desierto), que decía: «el problema de las tierras no es la revolución, el problema son los latifundios».

Así la acción toma la forma de duelos privados, recursivos, que sólo perpetúan un estado de violencia anacrónico. El representante del Estado ausente contra el representante del pueblo ausente. El Dragón del mal contra el Santo Guerrero, unidos por un paño rojo que sujetan por la boca, establecen una doble sinécdoque, en un duelo giratorio, cuya irradiación restituye como en manchas de color una elipse que es la fuente del canto de un pueblo que no está. Pero la sinécdoque americana del héroe vale como literalidad extrema (la parte por un todo inexistente), y la elipse, como documentación de lo imposible. Se restituye lo ausente con las ropas de la sustracción. Muerte a muerte, la acción se pone en abismo. Si los líderes del pueblo no contraen los fines colectivos, si realizan más bien un desvío parasitario, se diría que el pueblo, materia no formada históricamente, utiliza a sus falsos líderes para ejercitar su potencia y pasarla de contrabando a un afuera, respecto del cual, la repetición de las violencias es como lo condicionado a la condición. En todo caso, en Rocha, la gran desviación, sin ser colmada, no deja de componerse con un sueño, que ya no es un sueño de la acción, un sueño americano: el *misticismo*, el exceso del hambre, la exasperación de su potencia, antes que la representación de su impotencia histórica. De raíces indias, negras, mestizas, aquello que izquierdas y derechas han condenado juntas, por su cortejo de irracionalidad, es definido en *La estética del sueño* como la «única fuerza desarrollada de este continente»:



(Rocha: con las cintas de Cabezas cortadas)

La razón dominadora clasifica el misticismo de irracionalista y lo reprime a bala. Para ella todo lo que es irracional debe ser destruido, sea la mística religiosa, sea la mística política. La revolución, como posesión del hombre que lanza su vida rumbo a una idea, es el más alto estado esencial del misticismo.⁴

El desvío es así re-desviado en dos líneas divergentes:

- la serie de las causalidades históricas, repelidas cíclicamente como contracción del tiempo en el presente continuo de la violencia.

- la serie de las cuasi-causas místicas, que componen un circuito de intensificación, que es preciso determinar como la epifanía del instante en la obra de Rocha: *la parte del acontecimiento que nunca se realiza*.

El movimiento discordante que compone una serie con otra, es el paso de la *puesta en escena* a la *puesta en trance*, la descomposición formal del realismo histórico en la informalidad material de las fuerzas disponibles. Alcanzar la potencia del instante, es diagramar el circuito que renueva del hambre-garancia al misticismo o hambre-potencia.

El intervalo constituye así un contrasentido histórico. La saga de *Antonio Das Mortes* concluirá con el matador, abatido, intemporal, de igual fisonomía en tres siglos, según Da Cunha, entre bocinazos a contramano sobre un gemen quebrado de pavimento, con el cartel de la *Shell* en profundidad de campo, en una atmósfera envolvente donde tiembla el color. Entre la profundidad y el primer plano, desde donde avanza de espaldas, la capa y el sombrero, la anacrónica escopeta, por la flaca línea asfaltada, a contramano de la historia y la historia bocinando, contra lo que no puede atropellar, no se termina de discernir quién es el fantasma. La edad de la tierra, como la de los árboles, se cuenta porque todas las capas están presentes simultáneamente. Pero en el trance de la tierra, los anillos han dejado de ser concéntricos: el futuro no engloba el pasado.

La yuxtaposición de estratos, ligada por sus propios quebres, sólo comunica entre sí la recursividad de las violencias viejas y nuevas.

El intervalo es la transición exterior a los términos, que renueva una violencia a la otra.

La auto-afección sin sujeto de lo arcaico por lo moderno y de lo moderno por lo arcaico, cuya puesta en trance es como una fuente partida, hacia el pasado, donde se inscribe en el mito que, a su vez, funcionará como memoria exasperada de un sueño anti-estatal del pueblo, y hacia el futuro, como puro posible, en el circuito más pequeño donde la chispa del instante nunca se agota en su efectuación.

En el final de *Dios* y *el Diablo*, la cámara abandona la ciega huida del «pueblo» en el espacio abierto del serón, y alcanza el mar por su cuenta, mientras el pueblo ausente canta el milagro de la inversión: «el desierto se hace mar y el mar se hace desierto». La inversión se realiza en el *aire*, en un plano picado que es una perspectiva exterior al conjunto, resuelto narrativamente por su remisión a la exterioridad. El intervalo desierto-mar funciona como gran circuito del tiempo, exterior a la historia, entre la fuente mítica del canto y la realización en el *aire* del sueño.

En *Tierra en trance* el intervalo se establece en el circuito más pequeño entre la selva y el palacio gubernamental, como si la selva creciese allí, cada vez de nuevo, contra los muros del Estado, encerrado en una burbuja autista.

Selva y desierto son espacios refractarios a la forma de Estado. Del último da cuenta Euclides da Cunha, testigo del fracaso de la incursión estatal en el Nordeste (y como en Rocha, la única opción fue matarlos a todos). De la selva como exterioridad ya había hablado Rousseau: «unos pasos en la selva, y nunca más «he visto». La interioridad del vínculo pierde toda opción de continuidad. Y esa muerte suspendida que es la garantía de la estabilidad jurídica, es decir, el Estado como la forma del tiempo, queda referida en el círculo más pequeño a su modelo arcaico, a la violencia sin demora contra el que se pase de la raya.

Desde esta perspectiva, la falta de Estado, en la historia latinoamericana, la ineficacia de los dispositivos normalizadores, ese carácter de islotes burocráticos que asignan a sus construyentes un lugar mal demarcado, la irracionalidad con que los detentadores del poder siempre naciente «administran» y adjudican la explotación del suelo, en suma, esos *waste-lands* interiores al territorio nacional, pero informales y

exterioros a todo estradio ecuménico, lo mismo que el hambre, remiten a una positividad, y ambas se encabalgan mutuamente, no a la manera de un *habitus*, sino de un circuito intensivo, que es la forma de la exterioridad: espacio liso para la fermentación de modos de ser donde el misticismo prende (aún entre las vías del ferrocarril o los muros del ministerio). Misticismo es así la línea de fuga creativa del hambre, allende la necesidad insatisfecha y la administración de la carencia. Y la obra de Rocha es un mapa sin puntos cardinales, trazado a fuerza de inflexiones, movimientos aberrantes de cámara, cortes que articulan planos que violan toda convención narrativa, danzas y canciones cuyos movimientos desbordan los límites corporales, la estabilidad del suelo y el *raccord* temporal. Circuitos demasiado rápidos para la lentitud histórica de los cuerpos, se adelantan al ritmo de la historia, como a la espera de un pueblo.

El intervalo intensivo es así tránsito a la exterioridad en relación con la forma del tiempo. A su manera, Rocha opone a lo histórico, lo intemporal. La sombra del hecho, pero también la luz que lo alumina. Si el acontecimiento político es el milagro, lo instantáneo, refractario a la serie de las necesidades históricas: el caso del milagro es su realización. Si Nietzsche dice: *el último cristiano murió en la cruz*, Rocha tal vez diría que *murió antes de nacer*, al nacer, en el instante en que la promesa se vació en la historia. Cuando se imprimió la leyenda, según el mandato estético de Ford. Consumar el milagro, remitir la constitución a lo constituido, problemas, en última instancia políacos, de occidente, no son los suyos. En *La edad de la tierra*, pone en escena 7 Cristos: pagano, burgués, hermafrodita, negro, indio, etc. Uno realiza la comunión con coca-cola, otro exaspera a las masas en un estado de fútbol vacío. El milagro es la multiplicación de los pueblos, el nacimiento estelar de un polvo de pueblos entre los quebres de la historia. «La de-mo-cra-cia», repite machaconamente su voz en *off*, es el des-reinado del pueblo, y la obra debe diagramar ese des-reinado, llamarlo con todas sus fuerzas. El trance es la exterioridad de todas las fuerzas vivas vueltas *contra el presente*, y a favor (eso espero) de un tiempo por venir.

Referencias:

- Deleuze, Gilles, *La imagen-movimiento. Estudios sobre cine 1*, Paidós, 2005.
- Eisenstein, Sergei, *Teoría y técnica cinematográfica*, Riop, 2002.
- Kant, Immanuel, *Crítica del juicio*, Porrúa, 1997
- Rocha, Glauber, *Del hambre al sueño. Trabajo, política y pensamiento*, MALBA, 2004.

(Notas)

- ¹ Deleuze, Gilles, p. 212.
- ² Rocha, Glauber, p. 25
- ³ Rocha, Glauber, p. 25

Rocha, Glauber, p. 30

Suscribase

CLAVES

CASEROS 646

LOCAL "8"

Tel: (0387) 4315018

CLAVES

PERIODICO INDEPENDIENTE

DECLARADO DE INTERES CULTURAL POR LA SECRETARIA DE CULTURA DE LA NACION

Y POR LA MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE SALTA

Administración y Redacción CASEROS 646 - LOCAL "8" - Tel: (0387) 4315018
Nº Prop. Intelectual : 295075 - E-mail: gonclaves2004@yahoo.com.ar
Director Proprietario: PEDRO GONZALEZ

Suscribase

CLAVES

CASEROS 646

LOCAL "8"

Tel: (0387) 4315018

Historias de titiriteros

El tonto y la malhablada

Estábamos en un cruce de caminos.

Dudábamos si llegar a ese caserío allá abajo, o seguir viajando.

A la sombra de un árbol había un tonto que cuando se aproximaba un vehículo, se ponía se pie, saludaba y quedaba con el brazo en alto esperando en vano una respuesta. Así largo tiempo.

Ese acto nos pareció enternecedor. Le pusimos de nombre Jose y decidimos llegar a las casas.

Hablamos con alguien, aclaramos dudas y curiosidades hasta que al fin pudimos armar el retablo. En el fondo de una vivienda que sin muros era parte de una calle.

Los pocos habitantes llegaban lentos, de a ratos, a la función.

Desde lejos nos vió una mujer y gritó.

Me cago en la leche ¿y éstos. Qué están haciendo aquí?

Seguro que son extranjeros.

Sonrémos a modo de saludo.

¿Qué pinta ese trasto ahí. Por qué no se van?

Cuando hubo suficiente gente y aunque no vino Jose, asomaron los títeres.

Todos, asombrados, señalaban, refan y los niños hablaban con los muñecos.

De a ratos se oía a la mujer. Me cago en la mar. Si son de verdad.

Y los demás. Calla Pepa, que son los actores.

Un circo parece esa mierda.

Calla Pepa, ya.

Será joputa el demonio ese. Mira cómo lo trae al jilipollas del Juan.

Calla ya, que son curritos.

Así, hasta que terminó la función,

Guardamos las cosas y mientras nos íbamos gritó

Vuelvan alguna vez. Dios los bendiga. La madre que los parió.

Atardecía y en el cruce, Jose levantó el brazo saludando.

Nosotros sacamos los nuestros, despidiéndonos con cariño.

El tonto pícaro, nos respondió con un corte de manga y quedó riendo feliz.



Gabriel Castilla - 2011



CARAPARI S.A.
CONSTRUCCIONES - MINERA

12 DE OCTUBRE 793/7 - TEL.: (0387) 4313682 FAX: 4310339 - 4400 SALTA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar